

Alonso Ramos

Los prodigios de la Omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan

3 tomos

Gisela von Wobeser (coordinadora y estudio introductorio)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

434 p.

Ilustraciones

(Serie Documental, 31)

ISBN 978-607-02-9436-5 (obra completa)

ISBN 978-607-02-9437-2 (tomo I)

ISBN 978-607-02-9438-9 (tomo II)

ISBN 978-607-02-9439-6 (tomo III)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de agosto de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios_catarina/tomo01.html

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios_catarina/tomo02.html

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios_catarina/tomo03.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

CAPÍTULO 29

FAVORES CON QUE LE PREMIÓ DIOS ESTAS BATALLAS, CALIFICÓ LA HERMOSURA Y BELLEZA DE SU ALMA, Y AMPLIFICACIÓN DE LOS DOS ESPEJOS, ESPOSO Y ESPOSA EN CRISTO Y CATARINA

1. Favor especial de Jesús Nazareno y alabanzas de Dios amante y como celoso del amor de su sierva

[333] Estilo ha sido siempre de Dios favorecer y elogiar a los que padecen por su amor, honrándoles con títulos ilustres y esclarecidos, para el aliento de sus sagrados agonistas e ínclitos soldados; y para que el mundo ciego abra los ojos y conozca que las afrentas, calamidades y martirios padecidos a honra y gloria del Redentor son galas preciosas que les hermocean. Por esto el divino esposo en los cánticos de Salomón [Apostilla: Cánticos 4], mirando desde los pies hasta la cabeza a su querida y casta esposa, se emplea todo en alabar y aplaudir con palabras, con semejanzas y comparaciones lo raro de su hermosura y lo admirable de sus perfecciones. Este estilo guardó Dios con esta su escogida esposa todo el tiempo de su vida; porque como siempre la conservó entre tormentas, alcanzándose unas borrascas a otras se repetían los favores para aplaudir las repetidas victorias con que se aumentaban los triunfos de la gracia, y la perfección y hermosura de esta su sierva. Pero en el tiempo de su casamiento y fin de estas peleas, parece que se esmeró el divino amante en engrandecer su belleza; porque ponderados los trabajos, tormentos y cruces, desprecios y persecuciones del mundo, del infierno y finalmente de su loco marido, que sufrió por conservar la integridad de su cuerpo y la pureza de su alma, pudiésemos decir: “Bien empleada tal guerra por tal hermosura” [Apostilla: Homero, libro 3], que es lo que dijo Príamo viendo a Elena, que desde una ventana miraba pelear griegos y troyanos, habiendo durado diez años la guerra. Lo mismo casi dijeron los asirios cuando con ejército numeroso procuraban la conquista del pueblo de Dios y vieron a la santa Judith entrarse por sus escuadrones acompañada de su compostura y belleza [Apostilla: Judith 10].

[334] Quedó esta esclarecida virgen libre ya y exenta del yugo del matrimonio, tan fatigada como si la hubieran quitado de la cruz, donde con los bochornos de la tribulación y lo sangriento de las batallas, se miraba descolorido y afeado su rostro, pero la hermosura de su alma más lustrosa y resplandeciente. Bien podía decir Catarina lo que dijo la esposa a sus

amigas y compañeras: “Érame yo antiguamente la bella, hermosa, la de la blanca y tierna tez en el rostro, la más graciosamente delicada de cuantas se conocían. Pero no os admiréis de verme tan trocado el rostro, tan denegrada la cara, porque el haber estado sufriendo los rigurosos ardores de muchas tribulaciones continuadas, han sido la causa de mi maravillosa mudanza” [Apostilla: Cánticos 2]. Este exceso de padecer y su singular belleza la explicó santa Catalina mártir, que apareciéndosele vestida de resplandores de gloria en el fin de estas bravas tormentas, le dio un estrecho abrazo y le dijo: “Ahora sí que somos hermanas las dos en la hermosura y en el martirio”. Otro día se le hizo en contradicho el mismo Señor en forma de la imagen de Jesús Nazareno de San Joseph, con una representación dolorosa de su divino rostro, y acercándose ella, arrastrada del amor para ayudarle como Cirinea, aplicó su hombro al sagrado madero; y vio que de la misma parte de su hombro que le cargaba, salía mucha sangre que iba recogiendo el Señor alegre y cariñoso en sus divinas manos. Y admirándose Catarina de la sangre que ella derramaba y de la acción de recogerla Jesús, y de los sumos gozos y júbilos que juntamente le comunicaba, preguntó a su Majestad qué se significaba en lo uno y en lo otro. Y le respondió: “Este favor es demostración de lo mucho que me has agradado en defender y guardar constante la honra que me tenías ofrecida”.

[335] En otra ocasión se halló asistida de la misma santa Catalina y san Juan Bautista, santos entrambos de su devoción desde que recibió los cristales de la gracia en la fuente del bautismo. Y después de gratísimos coloquios que tuvo con los dos, advirtió que estaban como altercando entre sí celosos sobre quién amaba más y debía ser más querido de esta esposa de Jesús. Oía que alegaba santa Catalina que toda era suya, porque era de su patria semejante en los martirios y persecuciones del mundo y del infierno, hermana en la pureza, resplandeciente con los continuos combates y finalmente, que era suya aun por el nombre. San Juan alegaba que también tenía su nombre y que desde su niñez se la había encomendado el Señor para que la cuidase y guardase como a corderita afligida y perseguida de los demonios y de los hombres. En esta como competencia de los dos santos se hallaba su corazón abrasado entre incendios de amor; y quisiera abrazarse con entrambos humilde y agradecida. Pero estando como fluctuando entre estos afectos, se apareció a su lado Jesús vestido de pastorcito, y sin hablarle le manifestó sólo con los ojos los cuidados en que le tenía el ver que se repartiase entre los santos su amor. Y dándose ella por entendida comenzó a satisfacerle de su fineza, llamándole: “Su dios, su padre, su redentor, su luz,

el blanco de sus afectos, el imán de su corazón, la flor del campo, el lirio entre espinas y toda la hermosura del valle; a quien sólo quería, buscaba y en quien únicamente descansaba su alma”. A que respondió el divino pastor con estas solas y apreciativas palabras: “Y tú, Catarina, ¿qué eres?” Como quien le retornaba sus alabanzas y cariñosos afectos.

2. Prosiguen las alabanzas del esposo en competencia de verdades soberanas para crédito de su sierva, favorecida con otros muy especiales elogios

[336] No se mostraba menos celosa Catarina del amor de su querido amante cuando sentía sus ausencias y se resistía a los ruegos y lágrimas con que solicitaba su divina presencia, porque entonces para más obligarle solía decirle: “Ea, Señor, que ya veo que no me quieres. Todos tus amores son con tus escogidos, todas tus delicias están en los justos y santos; bien conozco que no soy digna y que no merezco tus finezas, tu gracia, ni tu vista”. A estas humildes quejas y como amorosos despechos venía el divino amor como con alas a sus brazos o a su corazón y la satisfacía cariñoso, aplaudiéndola rosa entre las flores, lucero entre las estrellas y entre las vírgenes resplandeciente azucena. Se le apareció un día Cristo acompañado de tres hermosísimas vírgenes, dos muy blancas y la otra algo trigueña. Le pareció a esta sierva del Señor que estaban todas tres de competencia sobre cuál fuese la más bella, y que de común consentimiento escogían por juez al mismo Jesús que, aplaudiendo a todas con caricias y estimaciones, dio en favor de la trigueña la sentencia. Preguntó Catarina inocente y sencillamente al soberano juez, quiénes eran aquellas tres felices doncellas. Y dándole inteligencia de que las blancas eran las ilustres vírgenes y mártires, santa Catalina y santa Inés, dijo que ella era la trigueña, por quien había dado la sentencia. Quedó Catarina con esta respuesta como corrida, avergonzada y humillada más que el polvo, pero muy rendida a las finezas de su divino amante, por verse ensalzada en competencia de beldades tan soberanas, que se representaron en la tierra para autorizar la belleza de esta dichosa alma y engrandecer en lo prodigioso de esta hermosura criada al divino poder. Pero no por esto se debe pensar, así como ni yo presumo decir, que el Señor con esta sentencia declarase a Catarina por más santa que santa Catalina y santa Inés absolutamente hablando, sino en la especial hermosura que resultó en su alma por haber desechado la corporal y pedido al Señor se la quitase, por librarse a sí y a los hombres de tan peligrada ocasión de perderse con alguna culpa. Esta renunciación y acto de virtud no se refiere de santa Catalina ni santa Inés;

y así en la hermosura espiritual que le corresponde, se les pudo aventajar nuestra Catarina. Y mucho más en haber conservado intacta su virginidad entre las nocturnas sombras y diurnos lodazales de tal matrimonio, que la tornó negra o china, como la Virgen madre, con ser la misma pureza, lo testifica del suyo y de su parto en boca de la otra alma santa cuando dijo a sus amigas y compañeras: “Que no se admirasen de verla entre obscuras sombras tan trocado el rostro y denegrida la cara, porque el sol había sido la causa y ocasión de tan maravillosa mudanza”[Apostilla: Cánticos 3].

[337] Esta verdadera, sí pacífica y humilde competencia, parece semejante a la que fabuló la Antigüedad entre Palas, Juno y Venus, y porque ésta salió al desafío con una guirnalda de rosas matizadas con su propia sangre, pareció tan bien y tan hermosa al pastor arbitro Paris, que dio éste, a su favor, la sentencia de más hermosa. Esta fue ficción de la Antigüedad fabulosa. Pero Catarina logró también su sentencia por exageración de un amante enamorado por la corona de virgen, casada y perseguida, teñida de su propia sangre. Aunque como verdadera humilde, respondió al soberano esposo que la ensalzaba: “No, Señor, no soy digna de tus finezas. Esas calificaciones, o son veleidades de mi fantasía o demostraciones de lo que puede hacer un amor infinito humanado para ostentar su divino poder, en el más indigno sujeto. Porque lo que yo experimento y veo es que me dejas, que no me quieres y que tienes tus delicias con las vírgenes, tus escogidas”. A esta continua queja, le replicó el Señor: “Catarina, esas vírgenes tienen en mí sus delicias porque me aman gozando; yo tengo en ti mis delicias porque me amas padeciendo. Y acaba de entender que yo amo más a quien me da más”. Con estas palabras le dio juntamente inteligencia y le representó el haberle dado su libertad y la corona de reina del Mogor, que se la debía por herencia, ofreciéndose antes y después de ser bautizada a ser esclava de los esclavos de la señora santa Ana, pareciéndole soberbia el nombre de esclava de Jesús y María. Le dio memoria de la pureza que le había ofrecido, las batallas que había conseguido con su constancia la divina gracia, para honra y gloria de la Omnipotencia. Le acordó la valentía con que había despreciado su natural hermosura y escogido un rostro o máscara de vieja, fea y achinada, porque no se amancillase la belleza de su alma. Le manifestó con viveza en su entender las muchas almas que se habían convertido y se habían de convertir por la perseverancia de su sumo padecer, y de los millares de las que habían salido y habían de salir del purgatorio por sus oraciones y clamores. Todo esto que pudiera a otra mujer desvanecerla, humillaba y confundía más a Catarina, que no quería sino ser la menor en el cielo. Y por

eso decía repetidamente a su Dios, que como le asegurase el verle debajo del trono o silla del menor en su reino, se daría por contenta y satisfecha.

[338] Bien puede ser que el referido favor fuese seria calificación de un amor poderoso y sabio, a quien no pueden engañar apariencias ni exterioridades con que se afeitan las hermosuras terrenas. Por que como dice *contemptus mundi*:¹⁰¹ “Dios es el que hace los santos, el que los conoce, el que les da la santidad y corona su paciencia. Y este juicio es tan suyo, que disgusta de ver disputar a los hombres sobre la mayoría de los justos; por que toda comparación en el humano juicio y boca es odiosa, pero en boca de Dios es misteriosa”. Mírese como misterio la precedencia de Catarina en la pasada competencia, y al que le dionare el sentido y significación literal, entiéndalo en el sentido que más consuelo hallare su espíritu, como no desprecie alguno de los pequeñuelos del reino de Dios, por honrar al que con celo de amor y humano afecto tiene por mayor en la gloria. Con la misma advertencia se deben leer otros de los favores misteriosos que reciben de la Omnipotencia los siervos de Dios y los que experimentó Catarina, que el referido no es el mayor. Otros más singulares y extraordinarios se verán en su historia y no fueron pequeños el haber dicho Dios en otra ocasión: “Que la había de hacer como las dos Catalinas”; aludiendo (según parece) a santa Catalina mártir y a santa Catalina de Siena. Y no parezca al piadoso lector que afecto o pretendo igualdades de discordias con tan soberanas santas, que el “como” no dice igualdad sino semejanza, y ésta no podemos negarla aun entre Dios y sus criaturas. Fuera de que muchas veces le dijo: “Que dispondría su omnipotencia que se dijese de ella cosas que no se hubiesen dicho ni escrito de algunas de sus criaturas”.

[339] Semejante calificación a la referida mereció de Jesús esta esclarecida virgen; porque en los continuos temores de haber desagradado a su divino amante y tener mancha de su alma, la solía confortar el Señor, diciéndole: “Mírate en mi pecho”, y mirando se veía como en un cristalino espejo donde se representaba tan agraciada y tan bella, que se admiraba de su misma hermosura y belleza. Otras veces le daba luz superior con que se veía y veía a Jesús en sí misma, como se miraba en el pecho de Cristo; y en esto parece que le quería dar a entender que estaba su alma tan bella como los cristales de un espejo sin mancha. Con el símbolo del mismo espejo la ilustró de esta verdad, poniendo delante de su vista uno hermosísimo y

101 El “desprecio del mundo” es un tópico de la literatura edificante.

grande que la acompañó muchos días; y tenía unos caracteres o letras, que, divididas en proporción, le servían de orla. Y no conociendo Catarina las letras, preguntó al Señor qué significaba aquel apacible y vistoso letrado. Le dijo: “Pregúntaselo a tu confesor; que si no lo entendiere, lo podrá sacar de los libros”. Y lo que podemos aprender de los libros es que la cifra de estas letras diría: “Espejo sin mancha”; divisa propia de Cristo por ser el candor de la luz eterna y espejo sin mancha de las perfecciones de su eterno padre. Es también este cristalino espejo símbolo de María santísima [Apostilla: Sapienciales 7], en quien se manifestó Dios al mundo; y simbolizan últimamente los doctores por el espejo sin mancha a las vírgenes cuerdas y prudentes, y con especialidad se debe aplicar a esta esclarecida esposa de Cristo, tan privilegiada en el divino poder, que como en espejo se miraba en Jesús y Jesús en ella; y porque era un retrato y viva imagen de la más pura de las vírgenes, acreditado y purificado con la constancia invencible en defender su hermosura en el estado de casada, viuda y virgen, con que empeñó a la Omnipotencia en sus beneficios, hasta aplaudirla restado y fino amante con el símbolo de espejo sin mancha, jeroglífico de Jesús y María. Así ensalzó el divino amor a la otra alma santa cuando para exagerar la fineza con que le apreciaba, le dijo: “Amiga y esposa mía, toda eres hermosa y agraciada y en ti no hay mancha alguna” [Apostilla: Cánticos 4]; que es lo que experimentaba Catarina cuando se miraba en el pecho de Jesús como en un espejo, tan hermosa, tan linda, tan bella, que prorrumpía en admiraciones de su propia hermosura y belleza, como lo dejó insinuado en el capítulo veinte y tres de este libro.

3. Amplificación de la comparación de estos dos espejos: esposo y esposa en Cristo y Catarina

[340] Quien quisiere ver esta comparación de los dos espejos, esposo y esposa, amplificada e ilustrada con erudición y sólida doctrina, lea a san Gregorio Niseno [Apostilla: san Gregorio Niseno, Ho. 14en Cantares] sobre los Cantares de Salomón y al padre Martín del Río, de la Compañía de Jesús, explicando ambos a dos aquellas palabras de la otra alma santa: “Mi amado todo para mí y yo todo para él”. [Apostilla: Cantares 2] Y hallará en estos dos sabios intérpretes grande enseñanza para engrandecer y alabar al divino esposo y para ensalzar a nuestra Catarina, que a mí por ahora me basta rogar al piadoso lector pondere la extraordinaria grandeza de este favor de Cristo a su querida sierva. Pues haciendo espejo de su divino pecho,

en que se veía y miraba la imagen de su esposa, y mirándose en el pecho de Catarina como en lo cristalino de otro parecido y semejante espejo, nos dio fundamento para discurrir (guardada la proporción debida entre el creador y criatura) que así como el Verbo humanado es un espejo sin mancha, terso, limpio, cristalino y sin un pelo, en quien perfecta y fidelísimamente se representa la majestad de Dios y la persona del eterno padre; así también servía de espejo verídico en quien se miraba la belleza de su querida esposa, sin ruga, sin mancha y fealdad alguna. Porque era también ella un espejo inmaculado, fiel y verdadero en quien se miraba y representaba la perfecta hermosura de su divino amante. Y esto parece que quiso o pudo significar el Señor cuando para calificar y alabar y ensalzar la perfección y hermosura de esta su sierva, dispuso que la acompañase aquel grande, misterioso y finísimo espejo con el letrero de “Espejo sin mancha”, aludiendo al otro glorioso renombre de “Espejo inmaculado”, que dio Salomón [Apostilla: Sapienciales 7] al divino Verbo, en quien el eterno padre, desde que tuvo su ser eterno y sin principio, se estuvo y está eternamente mirando, formando en él y produciendo una imagen perfectísima, en que se representa el ser y grandeza de Dios, que corre parejas de eternidad e igualdad con su origen. Pues no es ni puede ser primero el Padre, que la imagen eternamente formada y producida en el Hijo, como lo enseñan los teólogos y es doctrina cristiana expresada en el símbolo de la fe.

[341] Que Cristo sea espejo de las almas puras y perfectas como Catarina lo dijo el apóstol san Pablo, instruyendo a su discípulo Timoteo, a quien dice: “Que es manifiestamente grande el sacramento donde se descubre la inmensa piedad del hijo de Dios, que se ha descubierto en la carne” [Apostilla: Primera epístola de san Pablo a Timoteo 2]. Donde leyó la versión siríaca: “Que se mostró Dios en ella como en un espejo lucidísimo de cristal”; puesto en la Iglesia y comunicado a las almas, para que todos se miren en él. De suerte que Cristo no es solamente espejo de la majestad de su padre, como se lo dijo el mismo Señor a uno de sus apóstoles: “Filipo, quien me ve a mí, mira a mi padre” [Apostilla: Juan 14]; que fue decir: “Por mí, como por un espejo, ve el rostro de mi padre porque ve la misma naturaleza en los dos”. Y así, con todo rigor dijo Salomón de este divino Verbo no sólo que era espejo de la majestad de su padre, y también (aunque en distinto sentido) era espejo en que se miraba Catarina; porque estaba tan unida por gracia con Cristo que mirándole se veía a sí y mirándose a sí veía también a Cristo como en un espejo inmaculado, pues como Catarina estaba en el Señor, estaba también el Señor en su sierva. Verificándose en ella lo que prometió Cristo a sus fieles,

hablando con su eterno padre cuando dijo por el evangelista san Juan: “La honra, Padre, que tú me diste, les he dado yo para que sean uno, como yo y tú lo somos; yo en ellos como tú en mí, para que perfecta y consumadamente sean para en uno” [Apostilla: Juan 17]. De las cuales palabras (dejando los varios sentidos que se pueden leer en los sagrados intérpretes) se infiere sin duda hay una perfectísima unión entre el Redentor y las almas justas, tanto más o menos estrecha cuanto fueren ellas más puras y perfectas. Y la perfección de Catarina fue tal, que le dio el divino esposo por renombre y jeroglífico un “grande y finísimo espejo sin mancha alguna” en que se representaba y miraba la hermosura de su rostro y la belleza y suma perfección de su querido amante; y consiguientemente la grandeza y majestad del eterno padre. Porque estaba tan unida moral y místicamente con Cristo, que era una imagen suya, tan parecida y semejante, que se veía en ella la perfección y hermosura del Verbo humanado, su esposo.

[342] En el primer ser del mundo, dijo Dios: “Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra”. [Apostilla: Génesis 1] Y si atendemos al rigor del texto hebreo, como lo advirtió doctamente el venerable padre Gaspar Sánchez de la Compañía de Jesús, quiso decir: “Hagamos un hombre parecido a nuestra sombra y realcemos con colores su imagen”. Y fue el caso que cuando el supremo artífice quiso dar ser a Adán, sacándole del abismo de la nada, se apareció en forma corporal y visible, haciendo sombra parecida a un cuerpo cuya apariencia tomó, y así dijo: “Hagamos un hombre parecido a esta sombra”, para dar a entender que el hombre en su ser natural, de tal suerte descubre lo que es Dios; que no declara lo más digno de verse que hay en él, como la sombra que hace el árbol no descubre la hermosura de su verdor, ni la calidad de sus frutos; y así el hombre, según lo natural en su creación, fue un bosquejo de Dios y una pintura imperfecta que llaman los pintores sombra. A este bosquejo de Dios perfeccionó su Majestad y le realzó con tales y tantos dones de gracia, que con ellos quedó hecha una imagen y una viva semejanza de su creador, “para que la imagen visible del hombre (como advirtió con elegancia san Pedro Crisólogo) hiciese al mundo presente a su Dios invisible”, [Apostilla: sermón 148] y en ella fuese conocido, reverenciado y estimado de sus criaturas; con quienes habla san Gregorio Niseno cuando dice: “Quien quisiere, ¡oh, hombre!, conocer lo que es Dios, en ti lo podrá contemplar en tu origen primero, porque aquel supremo hacedor parece que entrañó su propio ser en ti mismo y le con-substanció e incorporó dentro de ti, pues en tu fábrica y en la constitución de tu ser imprimió y estampó la semejanza de los bienes y perfecciones de

su naturaleza divina, y una copia y retrato de su infinito ser, como si en ti hiciera y formara un dios hecho de barro parecido en todo al Dios verdadero” [Apostilla: san Gregorio Niseno, *Beatitud* 6]. Mas el hombre no supo conservar en sí la perfección de esta imagen, porque como estaba fundado sobre tierra, barro y lodo, su viciosidad y bajeza malogró este bien, desfiguró la imagen, oscureció la representación; y ocultándola con los velos de la malicia, la hizo inútil y sin provecho, tanto, que fue menester que el que la formó, la reformase y volviese a poner en ella su mano y la retocase de nuevo con colores celestiales para que representase a su primer ejemplar.

[343] Reformó Dios su imagen en Adán con la penitencia y con la observancia de la ley natural y se recobró la semejanza perdida del Creador y la imagen desfigurada, por una sola culpa, con que había quedado oscurecida y afeada a la manera que en el hierro la herrumbre y el orín que en él se ha creado y le ha ennegrecido, vuelve a quitarse con la lima áspera y recobra su primer lucimiento. Así en los demás hombres limpia Dios su imagen y quita de ella el moho y el orín que se le sobrepuso con las culpas; y en la ley de gracia con el bautismo, la reforma y repone en ella su primera hermosura; y con el sacramento de la penitencia se renueva su belleza cuando vuelve ésta a perderse con la repetición de nuevas culpas. Pero en Catarina nunca se desfiguró la imagen de Dios, desde que se infundió en ella la gracia con las cristalinas aguas del bautismo, conservando en sí constante la semejanza de su creador, que se había borrado y perdido por la culpa del primer hombre. No mostró la sierva de Dios en sus obras ser de barro y lodo, sino de un cristal denso, firme y permanente y herido continuamente de los luminosos rayos del sol de justicia, su querido esposo. No parecía a los humanos ojos hecha de la masa común a los demás hombres, sino formada en otro nuevo molde propio de los hijos de Dios a beneficio de la divina gracia, con que la vistió el supremo hacedor, de tal fortaleza y valor para vencerse a sí misma, sujetar y rendir sus pasiones, que pudo conservar ayudada de la Omnipotencia, los dones naturales y sobrenaturales que le eran necesarios para permanecer una tan perfecta imagen y viva semejanza de su Dios. Y por haberla visto el humanado Verbo tan pura, tan constante, tan hermosa, tan perfecta y parecida imagen suya, la honró como fino amante con el blasón, renombre y jeroglífico de espejo sin mancha, propio de su majestad y divina belleza.

[344] No le manifestaba Cristo con estos misteriosos jeroglíficos el esplendor exterior y aparente hermosura del cuerpo, porque en los ojos y estimaciones de Dios valen poco sus caducos resplandores y precederos

lustres; y estos ya los había despreciado y perdido esta cuerda y esclarecida virgen por conservar la hermosura del alma y la belleza de su espíritu. Hablaba el divino amante de las relevantes prendas y prerrogativas que alabó y engrandeció Dios en la honesta Rebeca [Apostilla: Génesis 42], cuando cifró sus elogios con llamarla dos veces virgen, que fue decir que, si era muy graciosa por la pureza del cuerpo, mucho más bella era en lo interior del alma. Para ejemplo de muchas doncellas que, aunque lo son en el cuerpo lo dejan de ser en el espíritu, pues con la muñequería de sus adornos, con la desenvoltura de sus acciones y con la liviandad de sus palabras, muestran aspirar más a los desposorios humanos que a los castos amores del celestial esposo. Bien advierte Séneca [Apostilla: Séneca libro I, *Nat. Qua. c.* 6] que hay algunos espejos de tal naturaleza, que muestran las cosas muy diferentes de lo que son. Y estas son las lunas lisonjeras de nuestra fantasía, porque el amor propio hace que las mujeres se figuren hermosas y que se contemplen vanas en lo lustroso de su estado y prendas; y en la verdad es gloriarse en los simulacros e imágenes que de sí mismas forman. Tal es nuestra fantasía que nos pone a la vista unas grandezas portentosas, que no pueden caber en nosotros; y los que somos pigmeos, nos figuramos gigantes; los que apenas somos hormigas, nos imaginamos leones. Cuántos y cuántas siendo feas e imperfectas, se canonizan por santas; cuántas se califican por discretas, que son tenidas por necias; cuántas de muy humildes talentos y gracias, presumen que no puede haber competencia en todo el mundo con ellas. Y todo esto nace de mirarse en el espejo mentiroso de su fantástica imaginación, donde no se muestran las cosas como son, con la cara que tienen y con su figura y tamaño.

[345] Nuestra Catarina se miraba en un fiel y sumamente verídico espejo, a quien dio la divina sabiduría el renombre de “Espejo sin mancha de la majestad de Dios”. En este divino espejo se figuraba con el mismo rostro, proporción y tamaño que tenía realmente en sí misma, fea en el cuerpo y hermosa y agraciada en el alma, y del conocimiento oscuro y bajo que tenía de sí, pasaba a otro claro y verdadero que le causaba el espejo, a quien atribuía toda la perfección y belleza de su espíritu; porque es de tal naturaleza este immaculado espejo del eterno padre, que tiene virtud y eficacia para alumbrar con su divina luz el entendimiento y encender con su energía la voluntad, y llenar con su inmensa bondad y grandeza de virtudes el alma. Pues él mismo testificó de sí: “Que las obras que hace el padre, las hace también el hijo; ni puede el hijo hacer otra cosa sino lo que viere hacer a su padre” [Apostilla: Juan 5]. Sabida cosa es, experimentada y referida de

Plinio, [Apostilla: Plinio, c. 107] que los espejos cóncavos puestos a los rayos del sol, encienden más fácilmente que otros un fuego cualquiera. Y Galeno añade [Apostilla: Galeno libro 2 de consti.] ser tradición que Arquímedes, con unos espejos puestos a los rayos del sol, abrasó las naves de una armada enemiga. Pues, ¿qué ilustraciones recibiría esta sierva de Dios de estarse siempre mirando en aquel divino espejo sin mancha, en que se simbolizaba el pecho y corazón de Jesús, que era el blanco y único objeto de su encendido amor? Y, ¿qué llamas y ardores causarían en esta purísima alma los rayos de luz con que la hería y bañaba el sol de justicia Cristo? Aun los ángeles le miran con tan extraordinario gusto y con tan infalible gozo le contemplan, que dijo el apóstol san Pedro [Apostilla: Pedro 1] que siempre le miran a deseo porque nunca se hartan de verle; siempre se les hace nuevo y la grandeza del bien suple la vez de la novedad. Esta vista les llena el deseo y les quita el apetito de ver otra cosa. Suma de sus felicidades es mirarse en el mismo espejo de Dios; corona de sus glorias ilustrarse con la luz con que el eterno padre se ilustra, y encenderse con los mismos rayos que el padre se enciende. ¡Oh, celestiales y dichosos espíritus! ¡Qué feliz suerte ha sido la vuestra, pues habéis merecido miraros en tal espejo y gozar de la alegre luz de sus rayos! Pero esto que sirve de gloria y corona a los ángeles en el cielo, concedió Dios a Catarina en la tierra, aunque debajo del velo de la fe y con sólo aquella claridad que se puede desear en este valle de miserias; verificándose lo del apóstol: “Que en esta vida solamente se ve por espejo el candor de la luz eterna” [Apostilla: Primera epístola de san Pablo a los corintios, 13].

[346] Dice Séneca que creó Dios los espejos para que se templase en ellos la luz del sol y pudiesen por ese medio los ojos flacos gozar de su vista. Porque, aunque le podamos ver cuando nace y cuando se pone, pero no cuando está en el fervor de su luz, que entonces no le podríamos mirar a la cara sino se nos facilitara esta visión en algún medio que templase su resplandor. Esto debemos aplicar al sol de justicia, cuya luz gloriosa no pudiéramos ver en sí misma por tener los ojos tan flacos. Por eso el cristalino Verbo se vistió del estaño de nuestra carne, para que así pudiese ser objeto de los hombres; y ya glorioso se muestra con el velo de los accidentes en el altar, por medio de sus imágenes o debajo de la figura y símbolo de un espejo, como lo veía y se miraba en él Catarina. Y con esta continuada vista fue subiendo de perfección en perfección, hasta llegar a transformarse en una imagen, viva semejanza y cristalino espejo de la hermosura de Dios, en que se miraba el divino esposo. Imitemos a esta sierva del Altísimo en mirarnos con Cristo si queremos mudarnos de malos en buenos y de buenos

en mejores. Porque como dijo el profeta Malaquías: “¿Quién podrá contenerse ni perseverar en su ser mirándose en éste? ¿Quién no se confundirá y se desnudará de sí mismo? ¿Quién no se trocará en otro, estando a su vista? Porque arrojará de sus lunas rayos de encendida luz, poderosos a derretir los corazones más empedernidos” [Apostilla: Malaquías 3]. Este fuego, dice san Ambrosio, [Apostilla: san Ambrosio P. Salmos 118, Octona 18] será de tal condición, que con el ardor del conocimiento divino abraza los afectos, que exhala oloroso vapores de fe y devoción, que encienda la llama de una fervorosa codicia de aventajada virtud y consumiendo errores y culpas, purifique y acrisole los espíritus. Y si alguno se acobardare y no se atreviese a mirar a este divino objeto, por contemplar en él la majestad y plenitud de la divinidad, mírele para la imitación en esta su querida esposa, en quien depositó el supremo artífice la perfección de su imagen y una viva y tan perfecta semejanza suya que le representase, de suerte que pudiéramos decir se miran en ella, como en un fiel y cristalino espejo, el rostro y virtudes de su divino amante; no tanto por lo prodigioso de su vida, que dejo insinuado en este libro, cuanto por la mayor perfección y hermosura de virtudes que ofrezco al piadoso lector en los siguientes.

LAUS DEO



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS